

**E**STA es una ciudad en decadencia. ¿No te parece? Me hace el comentario una compatriota que vive fuera de España hace algunos años. Es como si me hablara en egipcio. ¿Decadencia? Es posible... Me encuentro París precisamente en su Barrio Latino, con las camionetas llenas de policía y tríos de «flics» paseando por las aceras. Pero a unos metros, en La Joie de Lire, las librerías siamesas de François Maspero, uno puede encontrar revistas, folletos y libros en contra de los «flics». Revistas legales en las que se caricaturiza al matrimonio Pompidou con una refrescante impunidad. No. A la hora de llegar a París no veo por ninguna parte su decadencia. Sobre todo en las estanterías de La Joie de Lire, parece haberse convertido en la capital de la conciencia de la libertad del mundo: hay aquí estudios sobre la revolución entre los quechuas, los mongoles y los pingüinos de la Antártida. Muchachos quinceañeros, o poco más, venden sus revistas de «gauche» en las pobladas aceras del barrio. Si se les pregunta por su cordón umbilical te cuentan toda la historia de sus escisiones y sus contraescisiones. Te la cuentan con una pasión y una fuerza legitimadoras. A la izquierda de la Ligue Communiste o a la derecha de los trosquistas convencidos del reaccionarismo de Mao («¡Está frenando al proletariado chino!»), para mí todo esto es una fiesta. Es una fiesta que vengan a contarme que la CGT es, después del gaullismo, la segunda fuerza conservadora de Francia.

—¡Pero si la controlan los comunistas!

—¡Precisamente por eso!

Se confirman. Estoy en el Barrio Latino. Me repito. Es la isla roja de la «inteligencia» en un París y en una Francia básicamente neocapitalista y conservadora. Todo esto es un espejismo verbal, sigo repitiéndome. O en cualquier caso un alarde de vanguardismo despegado de las raíces del país. Como si estos muchachos vendedores de periódicos agresivos fueran dadaístas en un contexto, celosamente arbitrados por Ingres, David o, en último extremo, por un Delacroix de la UDR. Incluso tiendo a sospechar si no será todo este izquierdismo noctámbulo una tentación turística, como los tórax de las señoras del Lido o las seiscientas clases de queso francés. Pero los «flics» vigilan. Piden la documentación. Tienen una estatura media de 1,80. Sus camionetas son negras, sus impermeables son negros, revolotan como negros pájaros nocturnos. Vigilan, no hay duda.

Es de noche y las librerías de François Maspero están llenas. Uno empieza a oler a «mercancía marxista». Aquí se vende la agresión armada o desarmada contra la sociedad neocapitalista. La austeridad de los estuches, ¿no es una convención más en la homologación del producto? Pero algo me distrae de esta reflexión. Un

# PARIS

## TAL VEZ SEA UNA FIESTA

**MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN**

muchacho. Es un muchacho de unos dieciséis o diecisiete años. Son las once treinta de la noche. El muchacho lleva el cabello muy corto. Un jersey rojo. Botas como de montar. Tal vez sólo sean botas de lluvia circunstancialmente marcializadas. El muchacho está a punto de salir de La Joie de Lire. Antes de salir hace un gesto que da un cierto sentido a todo lo que hasta ahora no he acabado de comprender. El muchacho, sin volver la cara, ya encaminado hacia la puerta de la calle, levanta el brazo derecho con una rigidez rigurosamente fascista. Su brazo queda un momento rígido, en alto, mientras sus piernas se aceleran hacia la puerta. La estela del saludo fascista le acompaña hasta que se marcha. Y cuando ya se ha ido, en el aire ha quedado su rúbrica. Una mujer rubia sonrío a mi lado.

### LA NAVIDAD DE GEISMAR

La prensa habla de los escándalos financieros del gaullismo, de los problemas de las prisiones, de explosiones de gas doméstico y de la liberación de Geismar. El día 24 es el señalado para la liberación del líder gauchista. Hay una polémica entablada sobre el asunto de su reincorporación al estamento profesoral. El claustro de profesores se ha declarado por la reincorporación. Las maniobras gubernamentales parecen impotentes frente a esta decisión.

Geismar sale de la cárcel en olor de multitud. Hasta tal punto se concentran los «fans» en torno al líder pálido y algo más gordo, que Jean-Paul Sartre, en una extraña función de maestro de ceremonias, ordena el tráfico humano y ruega comprensión para el deseo de tranquilidad familiar del recién liberado. Geismar, no obstante, hace unas declaraciones a la prensa. Insiste en sus convicciones políticas. Comenta que

de su reincorporación o no al profesorado es asunto de segunda importancia. El líder político ha dispuesto de prensa, libros, un lugar de trabajo durante su encarcelamiento. Las prisiones francesas aún no tienen normas establecidas para presos políticos de la izquierda. Desde 1968, esta clientela ha aumentado y ha sustituido a la vieja clientela política de la OAS.

No suele haber peticiones fiscales a nivel griego. Pero ya abundan las peticiones de dos o tres años por militar en las organizaciones de extrema izquierda declaradas ilegales. No hay aquí hábitos adquiridos sobre la cuestión, y la palabra **represión** parece una espuma verbal nueva en la cresta de la ola verbal de la extrema izquierda. Pero tiene sentido si comparamos las normas de libertad política anteriores al gaullismo con las actuales.

Claro que en 1957, el mayor punto de tensión política lo marcaban las acciones del PC, en un monopolio indiscutido de la extrema izquierda. Si de algo ha servido 1968 y su ya célebre y algo mitificado mayo, ha sido para desplazar al PC del escapate de la extrema izquierda. Que haya sido desplazado del escapate no quiere decir que en el terreno de la operatividad política real no sigan siendo el PC y la CGT los «cocos» auténticos para las derechas y la oligarquía francesas. Pero la proliferación de grupos y grupúsculos de la extrema izquierda aparece hoy algo manipulada por esa extrema derecha, como fantasmas de los riesgos de una subvención comunista extralegal que, a la hora de la verdad, atraería incluso al PC o a la CGT. Ese miedo reconstruido del «peligro rojo» ha servido de transfusión de sangre al gaullismo, política e ideológicamente muerto desde 1968. Y ya no muerto, sino enterrado con el entierro del general De Gaulle.

Pero las derechas y la oligarquía no tienen una fuerza segura

de repuesto. Su drama lo vienen arrastrando desde 1946, con un endeble MRP inicial que no cumplió las funciones que sí supo cumplir la Democracia Cristiana en Italia o Alemania. Erosionado el viejo centro y los radicales, desacreditada la socialdemocracia como eventual aliado o como mal menor, las fuerzas conservadoras de Francia jugaron la carta del hombre fundamental de la tecnocracia de la UDR. Con esta vanguardia tuvieron tiempo para liquidar el Imperio, hipotecar el desarrollo del país según los intereses de los sectores industriales engordados a costa de la tecnología propiciada por la force de frappe y la aeronáutica, reconstruir una ideología nacionalista de entre las ruinas de todos los fracasos militares interpretados desde 1939 hasta Dien Bien Phu.

Ahora, la desaparición del general De Gaulle ha creado un vacío que no llena del todo la privilegiada nariz de monsieur Pompidou. Las instituciones de la V República significan el techo democrático que hasta ahora ha podido ceder la derecha y consentir la izquierda legal. Pero de no encontrar una solución representativa de orden, ¿serán consideradas por las fuerzas conservadoras un techo incluso excesivo ante el avance de una posible gran coalición Sartre-Geismar-Krivine?

### SER JOVEN, SER ARGELINO, SER OBRERO

Me hablan de agresiones aparentemente inmotivadas a jóvenes y norteafricanos. Hay una violencia mal contenida contra la juventud porque la gente la identifica con inestabilidad. La juventud está en la vanguardia y en la retaguardia de la crisis total que envuelve a esta Francia neocapitalista. Es ella la que altera el orden público. Es ella la que vuelve tarde a casa o no vuelve y decide vivir su vida al margen

de normas que parecían sagradas hace diez años. Un francés podía entonces votar a Maurice Thorez y al mismo tiempo prohibir a su hija que volviera a casa después de las diez. Hoy día se puede votar a Waldeck Rochet o a Georges Marchais o al inevitable Seguy, pero las muchachas suelen volver a casa bastante más tarde.

Forzosamente, el forcejeo de la juventud con viejos hábitos se asocia con un malestar subjetivo, omnipresente por la sensación de

desorden que da una organización social precisamente programada para ser la quintaesencia del orden. Un síntoma curioso de la agresividad biológica se puede percibir en el Barrio Latino. Los camareros y los vendedores son de una dureza sorprendente. Es una dureza dialécticamente asumida por el cotidiano trato con una clientela difícil, joven, inconformista, poco hecha a normas sacrosantas, incluido el «service compris», que ha llegado ya a

un 15 por 100 del precio total de la consumición.

Otro síntoma es el encono racial. No puede hablarse de odio racial porque sería injusto. No se dan aquí las condiciones que lo han hecho posible en Anglosajonia. Pero ante la creciente carestía de la vida, el ciudadano medio busca razones que no le ayuda a encontrar la ORTF (radio y televisión francesa). Y esas razones son el desastre colonial y la inmigración de mano de obra

preferentemente norteafricana. El ciudadano asocia sus precariedades con la llegada de ese trabajador de oscura piel, que se presta a trabajar en lo más duro, en lo peor pagado, incluso en condiciones de subcontratación. Y así no extraña que algunas noches salgan muchachos rubios de cacería y dejen en algún callejón oscuro el cuerpo derrumbado de un argelino malherido o muerto a navajazos o a palos.

No han faltado (nunca faltan) sociólogos que atribuyen este tipo de hecho a la connatural agresividad humana. En un contexto en el que están en sordina las luchas de clases y las políticas, la agresividad saldría de caza a partir de las oscuras raíces genéticas del racismo. Más bien cabría decir que en cualquier comunidad insuficientemente racionalizada hay muchas posibilidades de sublimar falsos antagonistas que enmascaran los antagonistas reales. Parece como si los bloques dominantes de Occidente gobernarán sin miedo a la clase obrera. Pero es una mera impresión, fomentada con cierta habilidad. De hecho, la principal preocupación de la Europa de las patrias, del Mercado Común de las oligarquías, sigue siendo esa formidable fuerza histórica que de momento puede aparecer más o menos, mejor o peor integrada, pero que tiene coletazos temibles, cuando no bruscos descabezamientos.

De momento, el hombre normal y corriente con más de treinta años a cuestas, el que ha vivido en adultez los desencantos de Indochina, Argel y el jeroglífico del Mayo de 1968, es un magnífico caldo de cultivo para que germine la agresividad contra jóvenes o argelinos. El Estado moderno, por muy democrático que sea, se ha reservado al menos una espléndida baza, armada con los más afinados, perfeccionados instrumentos: la baza de la confusión.

## LA BATALLA DE ARGEL

Precisamente, el estreno de la película «La batalla de Argel» ha constituido un «test» sobre el temple democrático del régimen y de la ciudadanía. La película de Pontecorvo ha estado prohibida durante años. Ha podido estrenarse y las primeras proyecciones significaron un rosario de atentados del grupo «Occident». Incendiaron cines donde se proyectaba, dieron palizas entre los asistentes, improvisaron mítines chauvinistas.

Ahora, «La batalla de Argel» se representa con cierta normalidad y con buen éxito de público. Asistí a una proyección en un cine cercano al Jardín de Luxemburgo, y las reacciones del público fueron muy tranquilizantes. En la pantalla, una de las más hermosas películas épicas de todos los tiempos, sin duda merecedora de un lugar de excepción, junto al «Potemkin» o a «Octubre» y a

Las derechas y la oligarquía no tienen una fuerza segura de repuesto.





cinco o seis muestras más del mejor cine épico. Pero también en la pantalla un alegato feroz contra la represión imperial practicada por los franceses en Argel, una sátira feroz de Massu, de los «paras». Ante aquellas brutalidades, un público mayoritariamente de estudiantes, profesionales de la cultura, burgueses ilustrados, reaccionaba con una gravedad y reconocimiento histórico realmente ejemplares. Bastantes argelinos entre el público. Alguno llora. Todos salen del cine con brillo en los ojos, mirando a los demás en busca del reconocimiento a tan dura identidad personal e histórica.

Sin duda, este público y esta reacción también es Francia. En las librerías se exhibe un libro del general Massu titulado precisamente «La verdadera batalla de Argel». Pues bien, desde una revista estudiantil autorizada se hablaba de Massu como de un «tueur» profesional, como un matador profesional. Y un servidor, llegado de tan lejanas y duras tierras, se hacía cruces ante las caricaturas que estas revistas dedican al matrimonio Pompidou, a la policía, a Michel Debré, a Marcellin, ministro del Interior.

#### LA TREGUA DE NAVIDAD

Con todo, había por medio la tregua navideña, que paralizaba los antagonismos. La policía estaba vigilante por si la liberación de Geismar daba lugar a manifestaciones públicas. Pero las luminarias de la Navidad comercial prosperaban por doquier, las tiendas estaban llenas, los restaurantes modestos anunciaban cenas de Revellon de Fin de Año a precios no inferiores a las ochocientas pesetas, y cualquier restaurante con alguna cara y algunos ojos superaba las mil pesetas largamente, para ya no hablar de restaurantes medios ni, naturalmente, de Chez Maxim's. París es caro si se viene de España, carísimo, y de alguna manera el mayor nivel de vida ha de exteriorizar un mayor nivel político.

Pero pese a la tregua navideña, París seguía consciente de los problemas políticos aplazados. Pompidou había pronunciado recientemente un discurso, en el que desligaba la eternidad de la V República y sus instituciones de la eternidad del «gaullismo» como expresión política. Todos suspirarían si de la noche a la mañana el centro se renovara y los Lecanuet, Giscard d'Estaing o incluso Servan-Schreiber se amoldaran a transigir con una V República que les cediera a ellos un poder ejecutivo algo disminuido. Lo que no está claro es si esa opción de un nuevo centro



Geismar sale de la cárcel en olor de multitud. Hasta tal punto se concentran los «fans» en torno al líder pálido y algo más gordo, que Jean-Paul Sartre, en una extraña función de maestro de ceremonias, ordena el tráfico humano...



El estreno de la película «La batalla de Argel» ha constituido un «test» sobre el temple democrático del régimen y de la ciudadanía. El film de Pontecorvo había estado prohibido durante años.

## PARIS

serviría para aplazar por mucho tiempo la salida de un Frente Popular. Incluso, se asegura en ambientes gauchistas, Pompidou y todo lo que representa (que es bastante) no tendrá escrúpulos en ser Presidente de la República mientras Mitterrand pudiera ser jefe de Gobierno y una coalición de socialistas y radicales dominara la Asamblea.

—Ni siquiera vacilaría si en esa coalición entran los comunistas —me dice un hipercrítico.

Eso ya sólo está claro para el gauchismo militante, para los que ven en el partido comunista y la CGT enemigos más graves que la oligarquía, o al menos no se cansan de pregonarlo. Son implacables en sus juicios. Parecen haber liberado a la revolución de sus falsos dueños, a la Historia de sus inútiles protagonistas. Un 75 por 100 de sus juicios no tienen otro objetivo que el descrédito del PC y de la CGT. Consumen más energías en esta lucha

que en el enfrentamiento al poder establecido.

Pese a todo, para el que está de paso y de nuevo, París tenía muchos atributos de fiesta real: poder ver *El Decamerón*, de Pasolini, en un cine de lujo de los Campos Elíseos, a 15 francos la butaca (casi doscientas pesetas), o la excepcional *Midnight Cowboy*, o *The Touch* (el último Bergman); poder comprar la ideología que a uno le diera la gana en librerías superorganizadas; poder recorrer los escenarios de un París mítico, pero algo real, hermoso, cultural y realmente hablando, seguía siendo para mí una posibilidad de fiesta. Incluso poder pasear por aceras hechas a la medida del peatón, que no han sido mutiladas por el tráfico a pesar de los cinco millones de ciudadanos motorizados con que cuenta el arca de París, era para mí una novedad y una manifestación de desahogo histórico-respiratorio.

Y en búsqueda de ese desahogo fui a ver una excepcional exposición sobre los cuadros de Picasso residentes en los museos de la Unión Soviética (Ermitage y Puchkin) y me di una vuelta por el cementerio del *Père Lachaise*. Un público reverencial recorría la extraordinaria ejecutoria de Picasso, desde «Las dos saltimbanquis» o el «Retrato de Soler» hasta el «Violín y clarinete». Cuadros de 1900 a 1913, la transición desde la madurez figurativa del Picasso casi barcelonés al hallazgo del cubismo del Picasso casi internacional. Allí había un rincón de España: el cuadro «Fábrica de Horta de Ebro», para siempre ligado a la historia del cubismo, de la pintura, de la cultura. Y también estaban los rasgos familiares de ese melancólico Soler, al que Picasso pagó una factura con el cuadro que le inmortalizaría.

Y la visita del cementerio del *Père Lachaise* me estaba impuesta

por su celebridad posromántica y por su celebridad ligada a lo que por los siglos de los siglos será emoción política. Allí está la tumba de Musset, a la sombra de un pequeño sauce que solicitó en uno de sus poemas. Pero también está la lápida que conmemora el fusilamiento y sepultura de los *communards* junto a uno de los muros del cementerio. Y en el mismo recinto está el fusilador: Thiers, en una macabra pirueta póstuma de la democracia formal.

El cementerio es magistralmente patético. No me impresionó la tumba en mármol negro construida en honor de Thorez, recientemente vejada por algunos gauchistas. Me impresionó su entorno de patetismo histórico: las sepulturas, lamentos funerarios y líricos que por doquier pregonan la «massacre» de las deportaciones alemanas. Mi vista voló de la dedicatoria: *A mis queridas esposa e hija, muertas en la deporta-*

Es posible que la capitalidad de la cultura occidental si no desplazada se haya multipolarizada en Londres, Milán, Amsterdam, Nueva York, etcétera, pero París sigue siendo un pequeño descanso para los tuaregs de la Historia.



## PARIS

clón, a la edad que tenía la niña cuando murió en el campo de concentración: cuatro años, cuatro años de edad.

Muy cerca, un monumento construido a la memoria de los treinta y cinco mil españoles que murieron en defensa de la libertad de Europa: luchando en los frentes aliados o deportados en campos de concentración alemanes. El monumento ha sido financiado por los bolsillos de Casals, Richet y Daniel Mayer. No es nada ostentoso, pero para cualquier español resulta acongojante. Precisamente, los españoles empezaron a morir en Europa en La Commune. En su represión fueron fusilados algunos socialistas utópicos e incipientes ácratas españoles adheridos a la causa de los comuneros de París.

Unos metros más arriba, la estilizada tumba dedicada a Largo Caballero. Una larga vida que tuvo tiempo de ver ochenta años de Europa, entre La Commune y la deportación nazi.

### A UN AÑO DE LA HORA DE LA VERDAD

Las elecciones legislativas de 1973 prometen ser un «test» definitivo sobre la morfología de Francia de la última esquina del siglo XX: entre la faz cohibida de un Frente Popular reformista o reformador y la faz de anuncio publicitario de una nueva derecha dinámica y desodorada, estará sin duda la elección.

En este sentido, el desarrollo político de Francia me parece algo más coherente que el italiano, donde aún hay que contar con el remiendo meta-político de la Democracia Cristiana.

—Esta ciudad está en decadencia.

Vuelvo al comentario inicial. Es posible que esté en decadencia tanto el París de Maurice Chevalier, que por aquellos días agonizaba, como el París de la Resistencia, muerto y enterrado por el gaullismo. Precisamente, la prensa se hacía eco de la protesta del gaullista-gauchista Maurice Clavel, que se quejaba porque la ORTF le había censurado una palabra en un programa de su elaboración. Clavel se metía en aquella palabra con Pompidou, que había declarado, más o menos, que ya estaba harto de tanto cuento de «Resistencia».

Es posible que el París hecho a la medida mitológica de la burguesía de la Belle Époque pasada por el filtro de Hollywood (como muy bien comentaba en TRIUNFO Chao, a raíz de su necrológica de Chevalier) nunca haya existido. Y que el París de la Resistencia y del existencialismo haya muerto, como ha muerto la autenticidad bohemia de Montmartre, aunque no su indescriptible belleza urbana. También es posible que la capitalidad de la cultura occidental si no desplazada, al menos se haya multipolarizado en Londres, Milán, Amsterdam, París, Nueva York, etc., etc. Pero con su verdadero rostro, preocupado, París sigue siendo un pequeño descanso para los «tuaregs» de la Historia. Legítimo que no se lo parezca así a los que aquí luchan, porque nada ni nadie pone los relojes.

Igualmente legítimo que para los que llegamos a París con el reloj, si no parado algo atrasado, París tal vez, tal vez siga siendo una fiesta. ■ M. V. M.

# La Capilla siXtina

## LOS CABEZONES DEL MUNDO

La prensa se las ingenia para consumir protagonistas de la Historia. Príncipes o militares, políticos o diplomáticos, policías o terroristas, la letra impresa engulle a sus protagonistas, les gasta a mayor velocidad que su regeneración. De ahí que últimamente se haya visto en la necesidad de valorar hasta extremos un tanto exagerados a nuevos animales políticos: los intelectuales especialistas en la lógica aplicada al análisis político. Generalmente este tipo de intelectual suele ser un animal mixto de historiador y teórico de la información (léase al nivel cibernético), que utiliza todo lo que sabe del pasado para intentar saber lo que más interesa hacer ahora de cara al futuro.

El primer animal político de este tipo ampliamente vulgarizado fue Herman Khan, asesor del presidente Nixon. Khan era un especialista en cálculo de probabilidades, y reunió a un importante equipo de historiadores, físicos y estudiosos de estrategia militar. Este importante equipo dirigido por McNamara corrigió la política empírica o visceral de los militares del Pentágono y prestó una lógica más racionalizada a lo que la prensa había bautizado como *coexistencia pacífica*. Ellos llamaron *mutual deterrence* (disuasión mutua) a lo que el perlodismo rosa llamaba *coexistencia pacífica*. Justificaron el armamento nuclear hasta los dientes de Oriente y Occidente como una necesidad indiscutible para el mantenimiento de la paz. Khan, siguiendo las opiniones del físico nuclear Teller, creía que la propaganda del desarme era una propaganda irresponsable. Sólo el miedo a ser destruido, razonaban Teller y Khan, puede evitar la declaración de ser agresor.

Harry Kissinger es un intelectual que ya por entonces apareció ligado a las posiciones filosóficas de Khan. Participó en un importantísimo estudio sobre la cuestión que en España publicó Seix y Barral hacia 1964 ó 1965, sin que se pudiera decir que el libro fuera un gran éxito de público. Y en mi opinión ha sido uno de los libros más interesantes, uno de los dos o tres realmente interesantes, que por ahí circulan intentando explicar a la gente en qué mundo vive.

Kissinger es ahora un animal político de primera página. Con un notable parecido con Alberto Sordi, el asesor del presidente Nixon demuestra que en asuntos de política exterior no hay apenas diferencia entre Kennedy y Nixon en lo fundamental; otra cosa ya es la *mise en scene*. La novedad aportada por Nixon es el funcionalismo político que ha sabido dar a sus

«cabezones». Kennedy les mantenía en el harén científico, pensando en el último piso. Nixon les ha sacado a la luz pública, ha obligado a que los «racionalizadores» encarnaran sus conclusiones científicas. De esta manera se ha traído más odios del sector intelectual que cualquier otro político de la inexorable política de «reacción» norteamericana. Pero me sospecho que el odio que los intelectuales «lógicos» de USA sienten por Nixon obedece a que les ha hecho imposible la coartada del «yo deduzco, pero no actúo». Entre la elaboración teórica y su conversión en acción mediaba una distancia que siempre servía de trinchera para el intelectual «lógico». Siempre le quedaba el recurso de decir «Yo creía más o menos que las cosas debían ir por ahí, pero estoy en total desacuerdo sobre la manera cómo han ido por ahí».

Con la actitud de Nixon, esta coartada no se aguanta y la policía crítica del mundo descubre al autor del asesinato a las pocas horas de haberse cometido. Los «lógicos» de la época de Kennedy o Nixon podían decir que lo importante era «retirar a los soldados americanos de Vietnam y dejar creadas unas condiciones óptimas para la «vietnamitación» del conflicto». ¿Cuáles eran esas condiciones óptimas? La destrucción de los núcleos industriales del Norte, el arrasamiento de las selvas donde se refugiaba el Vietcong, el robustecimiento militar de la casta dominante en el Sur. Una vez creadas estas condiciones óptimas, los chicos, a casa, y el país, agradecido a sus pacifistas oficiales. Estos siempre podían decir que estaban en desacuerdo con los bombardeos y con el napalm, con el militarismo de Van Thieu y con el amañamiento de la democracia electoral en Salgón.

Ahora les será imposible separar las verdades de laboratorio de su ejecución. De momento, Nixon ya ha enviado a Kissinger a que diera la cara por algunas de sus «deducciones lógicas». Que nadie se extrañe si el día menos pensado aparece Kissinger pilotando un bombardero americano sobre Hanoi o disfrazado de ama de casa y derrocando a Allende. Sorprendido con las manos en la masa, Kissinger jamás podrá decir: Yo no creía que las cosas debieran hacerse de esta manera. Una cosa es el fondo y otra la forma.

Lo único que usted y yo permitiremos que diga será: Estoy en contra de la separación entre trabajo intelectual y trabajo manual. Su último, desesperado, intento de reconquistar la ya perdida ambigüedad del intelectual oficial.

SIXTO CAMARA